

ROMANCE DE

LOS QUATRO NOVISIMOS

O POSTRIMERIAS DEL HOMBRE.

PRIMERA PARTE.

Oygan el dulce Clarin
de mi Lira siempre clara,
q̃ al son de aqueste instrumẽto,
y su dulce consonancia
es abreviada Sirena,
ò Filomena de plata,
que divierte los sentidos,
y á muchos el ocio espanta.
Suspendan todos atentos
por un corto rato el habla,
mientras hago relacion
de un Ensueño, que me pasa,
aunque es verdad que me dicen
los diez Preceptos de Gracia
en el primero, que Dios
le escribió en aquella tabla
al gran Capitan Moysés,
quando vido arder la zarza,
que no crea en los ensueños,
en agueros, y en patrañas,
ni en los perfidos hechizos,
y que si hago la contraria,
ofendo á Dios infinito,
y precipito mi alma.
Oygan el caso presente,
sin escrupulo de nada:

Ha-

Hallabame cierta noche
fatigado de la carga
del exercicio, que es
afán de la vida humana,
y queriendo descansar
me acosté en mi lecho, ò cama,
y apenas puedo decir,
que á dormirme comenzaba,
quando entre quatro Mancebos
me sacaron en volandas,
de suerte, que no senté
sobre la tierra mis plantas,
hasta que, á muy largo trecho,
me soltaron de sus garras:
Volvi en mi, no estando en mi,
solo por ver donde estaba,
y registrando la vista
todo quanto se alcanzaba,
era un hermoso pensil
de flores de tal fragancia,
que consenti, que alli el Cielo
sus inciensos derramaba.
Alli escuadradas las flores
en lineas bien asentadas
de flores, formaban flores
al parecer dibujadas.
Alli el ayre que corria,
tan salutifero estaba,
que siendo de debil carne,
me pareció de que estaba
robusto con hermosura,
en carnes muy moderadas.
Alli cinco hermosas fuentes
de un risco se despeñaban,
con que inundaban los campos
de aquel vergel, ò aquel mapa,
y siendo de blanca nieve,
en cristal se transmutaban,
y en un anchuroso estanque
se recogian las aguas,
con el pretexto de ser
claro espejo, en que miraba
el Cielo su azul vestido,
cubierto de estrellas claras.
Alli los verdes cypreces,
y las fructiferas plantas,
los arrayanes, y murtas,
los laureles, y las palmas
no permitieron, que el Sol
sus troncos les registrara,
siendo sus verdes pimpollos
penachos, que lo estorvaban.
Alli las canoras aves
tan dulcemente cantaban,
que tuve por muy divinos
los canticos, que alternaban,
pues lo dulce de sus voces,
que eran del Cielo, indicaban.

No

No me cansaba de oir,
ni de ver me fastidiaba,
no me acordaba del mundo,
ni en tal cosa imaginaba,
solo todo mi cuydado,
mi anhelo, mi vigilancia,
mis deseos, y mis gustos,
curiosidad, y eficacia,
todo lo cifraba en ver
grandeza tan soberana.
Aqui me hallé en un Palacio,
cuya fabrica tan rara
le atajó la admiracion
caminos, sendas, pisadas,
dexandola largo tiempo
metida en especularla.
Las puertas de este Palacio
eran de una piedra blanca
tan candida, que estorvò
á mi vista la mirara.
Columnas, y pedestales,
remates, cornisas, vasas
eran azules, y todas
labradas de hermosa talla.
La imposta, que á este Palacio
en redondo circundaba
era de un jaspe encarnado,
aun mas que purpura grana.
Los hermosos chapiteles,
que en porcion se maquinaban,
eran taladros, que agudos
á los vientos taladraban.
Los hermosos mauseòlos
y polifemos de fama,
eran columnas, que el Orbe
sobre ellas entivaba.
A sus puertas me afirmé,
en las quales se obstentaban
dos venerables Ancianos,
con vista al suelo inclinada
vestidos de Nazarenos,
al modo que Christo usaba.
Mirando estaba, y de adentro
saliò una muger anciana,
hizome seña que entrase
muy atenta, y cortesana,
me recibiò, y me llevó
á una galeria, ó sala,
cuyos techos, y paredes
los miré de filigrana,
con preciosisimas piedras
de diamantes, y esmeraldas,
carbuncos, topacios, lugas,
y venturinas doradas,
crisolitos, y rubies
con ametistas moradas,
de suerte, que tantos rayos
las dichas piedras vibraban,
que

que me pensé que allí el Sol
sus rayos comunicaba.
Muchas laminas de oro,
balcones, puertas, ventanas
de lo mismo, y cornucopias
de muy bien bruñida plata,
alfombras de hermosas sedas,
ricas mesas de campaña,
transportines de marfil
con embutidos de nacar.
Viendo la anciana muger,
que admirado me quedaba,
me sacò para que viese
en sus manos una alhaja,
diciendome: Aqui verás
la prenda mas estimada,
que tengo en este Palacio,
á cuyo valor no iguala
quanto sustenta la tierra,
y el mar en su interior guarda.
Abrióse, y era un Espejo
con tres cristalinas caras:
en la primera miré
grande infinidad de almas,
que en torpes, vanos deleytes
la humana vida pasaban,
unos tocando instrumentos,
otros cantando cantadas,
otros con ricos caballos,
otros fatigando caza,
otros con ricas carrozas,
otros con ligeras danzas,
otros jugando á los naypes,
otros con costosas galas,
otros con ricos banquetes,
otros regalando Damas.
Y fastidiado de verle,
pasé á la segunda cara
del Espejo, donde pido,
que con mayor eficacia
me atiendan mientras descifro
en otra sucinta mapa
del Final Juicio, y la Gloria
algunas señas, y causas,
del Infierno, y de la Muerte,
por ser, en que todo acaba.

Con licencia: En Còrdoba en la Imprenta de Don Rafael Garcia Rodriguez, Calle de la Librería.